—¡Dios quiera que los cazados no seamos nosotros!—tartamudeó doña Dolores con las mejillas horriblemente sumidas por los esfuerzos de absorción que practicaba, á fin de convertir su barquillo en bomba ascendente de la leche garapiñada.

XV

HIMNO DE RIEGO.—DE GARIBALDI.—MARSELLESA

Era Baltasar un hijo, no de este siglo, sino de su último tercio, lo cual es más característico y peculiar. Calificábanle las señoras de atento; sus compañeros, de muchacho corriente y agradable; su tío, de chico listo y con el cual se podía departir acerca de asuntos de comercio. Su temperatura moral no subía ni bajaba á dos por tres; no se le conocía ardor ni entusiasmo por ninguna cosa; la fiebre de la mocedad no le había causado una hora de franca y declarada calentura. Ni juego, ni bebida, ni mujeres, le sacaban de quicio. En política era naturalmente doctrinario. Su madre le juzgaba mozo de gran porvenir y altos destinos, porque dejándole la paga para gastos menudos y diversos, Baltasar ahorraba y nunca se halló sin un duro en el bolsillo del chaleco. Destinado á la carrera militar, más por vanidad de su familia que por vocación, no era, sin embargo, cobarde, pero sí yerto; prefería los ascensos á la gloria, y á la gloria y á los ascensos reunidos anteponía una buena renta que dis-

frutar sin moverse de su casa ni estar á merced del ministro de la Guerra. Secretamente, con cautela suma (porque Baltasar respetaba la opinión pública y todo lo que hay que respetar para vivir con sosiego), la ley y norte de su vida era el placer, siempre que no riñese con el bienestar. Tenía vanidad, pero vanidad encubierta y en cierto modo solitaria. A sus creencias, vacilantes y endebles, no quería tocar, como si fuesen un diente próximo á caerse y con el cual evitase morder cortezas duras. Vivía á su gusto y talante, sin meterse en más libros de caballerías. Físicamente tenía Baltasar mediana estatura, la tez fina y blanca, y de un rubio apagado el ralo cabello; pero la parte inferior de su fisonomía era corta y poco noble; la barbilla chica y sin energía, la boca delgada de labios, como la de doña Dolores. En conjunto, su rostro pareciera afeminado, á no acentuarlo la aguda nariz, diseñada correctamente, y la frente espaciosa, predestinada á la calvicie.

Al huir del café, como si huyese de sí mismo, dejando á su madre y á sus hermanas ocupadas en agotar los sorbetes, sintió que le daban una palmadica en la espalda, y volviéndose, conoció á Borrén, que ya hacía días estaba de retorno de Ciudad Real, contando que allí había unas chicas... hombre, ¡cosa notable! Se cogieron del brazo y se dieron á vagar por las calles, que no aconsejaba otra cosa la serenidad y hermosura de la noche de estío. Baltasar desahogó sus cuitas en aquel amigo pecho. El

no estaba ciego por Josefina, ni cosa que lo valga; pero ahora recelaba que fuese mal visto plantarla de golpe y porrazo.

—Entreténgala V.—aconsejó maquiavélicamente Borrén—y distráigase por otro lado. ¿Va V. á vivir así á su edad? ¡Pues no faltaba más, hombre!

—Es una diablura; en este pueblo todo se sabe, y después, líos, historias, lances que molestan... Se me figura que voy á pedir que me destinen á Andalucía ó á Cataluña... Si me quedo aquí, hay una muchacha que me da, á veces, en qué pensar... ¿y para qué se ha de meter uno en un atolladero?

—Una muchacha... No es la de García, ¿eh?

—No, hombre... Esos son solaces á la alta escuela y por todo lo fino, que no le quitan á uno el sueño... Es... una cigarrera.

—¡Hola... picarón! ¿Esas tenemos, y tan callandito?

—V. mismo me la enseñó y me habló de ella... La chica del barquillero.

Borrén chasqueó la lengua contra el paladar.

—¡Yaaaá lo creo! ¡Toma, toma! ¡Pues si es una joyita, hombre! ¡Caramba con V. y cómo las gasta! ¿No se lo decía yo á V., eh?

—Debo advertir que por ahora no hay nada... No se eche V. á maliciar ya.

—Principio quieren las cosas, hombre.

Hablaban así al atravesar una calle principal, cuando de pronto les llamó la atención el corro de gente parada á la puerta de una sociedad de recreo. Dentro del marco de las ilumi-

nadas ventanas se veían agitarse figuras negras que gesticulaban animadamente, y detrás de ellas medio se columbraba una mesa servida con copas, botellas y dulces. A veces se dibujaba sobre el fondo de luz la silueta de una mano que alzaba una copa, y el clamor que seguía al brindis era delatado por el retemblido de los cristales.

—El Círculo Rojo—dijo Borrén.—Están obsequiando á los delegados de Cantabria.

—¡Llegar por mar ahora mismo y tener humor para correrla¡—exclamó el teniente.—¡Lástima de naufragio!

—¿A V. qué le parece de estas algaradas, Sobrado?

—¿Qué me ha de parecer? Que antes de dos meses nos embromarán allá por Navarra los del Terso...

—¡Quiá! Eso nunca, hombre. Eso murió, y los muertos no resucitan.

—V. entiende más de chicas guapas que de política, amigo Borrén. Nos van á divertir, créame V. Ya anda en danza Elío, un militar si lo hay... Eso se va á organizar; verá V. cómo salen de la tierra igual que los hongos cuando llueve, pero equipaditos y con armamento. Y estos otros también van á sacar las uñas por Barcelona y donde haya blusas y fábricas. Lo peor de todo es que harán de España mangas y capirotes...

Un golpe de gente que desembocaba en la calle cortó la réplica de Borrén. A la luz del astro nocturno se veían blanquear los instrumentos de metal y los papeles de música. Al llegar ante el Círculo Rojo instaló la banda sus atriles, en el centro del corro que aumentaba; y previas algunas palabras en voz baja y un golpe de batuta, rasgó los aires el bullanguero himno que todo español conoce y ama ó detesta. Del concurso partieron gritos.

—¡Himno de Garibaldi!

—¡Marsellesa! ¡Marsellesa!—contestó un grupo más compacto.

Y enmudecieron los metales, y presto volvió á alzarse su formidable acento, entonando la trágica Marsellesa. Impensadamente se abrieron las ventanas del Círculo, y fué como si la sala llena de claridad, de gente y de tumulto, se viniese á meter entre los espectadores.

En primer término asomaron las cabezas los recién venidos, y al punto calló la música y se oyeron vivas á los delegados, á Cantabria, dominando el clamoreo una voz aguardentosa que desde la esquina repetía incansable: "¡Viva la honradez!„ Una mujer se adelantó, y entrando en el círculo de luces, gritó con voz fresca y potente:

—¡Que brinden á la salud del pueblo!... ¡Que brinden!...

Volvióse uno de los delegados, y al punto le trajeron una copa rebosando champaña, que elevó á los cielos al pronunciar el brindis. Las luces de los atriles alumbraron su barba de nieve, sus mejillas sonrosadas como las de los viejos santos bizantinos. Baltasar sacudió el brazo de su confidente, señalando á la mujer:

—¿La ve V.?

—La veo. ¡Ole y qué guapa se pone todos los días, hombre!

—Pero se me hace muy cargante con estas cosas políticas. Las mujeres no tienen más oficio que uno.

—¡Sí, hombre... quién la mete á ella... tiene chiste!

—Es una epidemia. Almorzamos política y comemos ídem. Se va volviendo España un manicomio. ¡Bah! Si no estuviese aquí, donde todo el mundo me conoce, las extravagancias de esa muchacha no dejarían de divertirme... ¿La ve V. aplaudiendo á rabiar al del brindis? ¿Cómo se llamará ese ciudadano? Parece el Oroveso de *Norma*.

—Psh... mañana lo sabremos.

XVI

REVOLUCIÓN Y REACCIÓN MANO Á MANO

En la calle de los Castros estaba Carmela, la encajerita, descolorida como siempre y ocupada en oir de boca de Amparo el relato de los sucesos de la víspera. Asomada Carmela al tablero, disimulaba su talle encorvado ya por la habitual labor; pero no sus ojos marchitos y cansados de fijarse en la blancura del hilo. No obstante su atareado vivir, la encajera gastaba humor apacible é inalterable y poseía la dulzura de las personas melancólicas, una benevolencia claustral. Amparo narraba animadamente; los delegados de Cantabria habían desembarcado entre inmenso gentío que llenaba el muelle y la ribera: ella pensó por la mañana alumbrar en la octava de San Hilario; pero ¡qué octava ni octava!, en cuanto supo la venida del buque, allá se plantó, en el desembarcadero, abriéndose calle á codazos... Los delegados son unos señores..., ¡vaya!, de mucho trato y de mucho mundo: ¡saludan á todos y se ríen para todos! ¡Republicanos de corazón, ea! (Y aquí Amparo se descargó una puñada en el

pecho.) A la señora María, la *Rinchona*, mira tú, porque dijo que les quería dar la mano, la abrazaron á vista de todo Dios... Luego los había acompañado al Círculo Rojo, y oído la serenata, y el discurso que echó uno de ellos... ¡un viejo que parece un santo!, y otro... un señor serio, de mal color...

—¿Y qué tal, predican bien?

—¡Dicen cosas... que se le hace á uno agua la boca de oirlas! Quisiera yo que estuviesen allí los que creen que la federal trae desgracias y belenes. El viejo no habló sino de que ya no había tiranía... de que todo se iba á arreglar con moralidad y atención... de que nos quisiésemos mucho los republicanos, porque ya todo ha de ser concordia entre los hombres.

—Tú tienes un memorión... A mí se me iría el santo al cielo. Mi memoria es de gallo. Y el otro, ¿qué dijo?

—El otro, el otro... el otro habla despacio, pero echa unos términos que á veces cuesta caro entenderlo... Predicó mucho de nuestros derechos, y del trabajo, y de lo que representa esta Unión del Norte... y de que las clases trabajadoras, si se unen, pueden con las demás... Habían de venir allí arrastrados de las orejas los que piensan que los republicanos dicen cosas malas. No, señor; allí se cantaba clarito lo que somos: paz, libertad, trabajo, honradez y la cara y las manos muy limpias.

—Dime una cosa, mujer.

—Mas que sean dos.

—Y ¿qué significa eso de república federal?

—Significa... ¿qué ha de significar, repelo? Lo que predicaron ésos.

—Pero no me hice bien de cargo... ¿Qué más tiene eso que el gobierno que hay ahora?

—Tiene, tiene, tiene... tiene que Madrí no se nos monte encima, y que haya honradez, paz, libertá, trabajo...

—Pero... vamos, una pregunta, por preguntar, mujer. ¿No decían, cuando vino el barrullo de la revolución el año pasado, que nos iban á dar todo eso? Conforme aquéllos no lo dieron, también podrá cuadrar que no lo den estotros.

—No puede ser, y no, y no, porque éstos son otros hombres de otra manera, que miran por el bien del pueblo... No digas tontadas.

La encajerita se rió con su risa tenue.

—No, si lo que vienen á dar es trabajo, por acá no falta... Y digo yo y pregunto otra vez, si es verdá que quitan la estancación del tabaco, vamos á ver, ¿cómo os valéis las cigarreras? Pidiendo limosna.

—¡Esa es una burrada de las gordas!—exclamó Amparo, fuerte ya en la controversia del punto concreto.—Oye y atiende, mujer, te lo voy á poner claro como el sol. Ahora el Gobierno nos tiene allí sujetas, ¿no es eso? Ganamos lo que á él se le antoja; si vienen, un suponer, buenas consignas, porque vienen, y si no, fastidiarse. El chupa y engorda y se hace de oro, y nosotras, infelices, lo sudamos. Que se desestanca, que se desestancó; ¡hala con ella! Las reinas somos nosotras, las que tenemos nuestra habilidad en los dedos; con nosotras

han de venir á batir el consumidor y el estanquero, y si á mano viene, el ministro del ramo... ¿Aún no entendiste, tercona?

Meneaba suavemente la cabeza la encajerita, mientras los hilos de la labor se deslizaban, se cruzaban, se entretejían al través de sus dedos, y los palillos de boj, chocando unos contra otros, hacían una musiquilla flauteada.

—Es que... tú pintas las cosas... Pero dime...

—¡Qué porfiosa del dianche!

—Dime con verdad... ¿falta ahora gente que pretenda entrar en la Fábrica?

—¡Faltar! ¡Más empeños andan danzando!

—Pues, catá... El día que quiten la estancación se echa medio mundo á trabajar en cigarros, y habiendo mucho quien trabaje, el trabajo anda por los suelos de barato. ¿Qué me está pasando á mí? Empezó la tía á hacer encajes, y le salieron dos ó tres de Portomar á poner la competencia... porque ahora son mucha moda estas puntillas, hasta para pañuelos; lo que estoy rematando es un pañuelo.

Descubrió ufana su almohadilla, alzando un pañizuelo que velaba parte de labor terminada ya, y vióse una afiligranada crestería, un alicatado de hilo, donde el menudo dibujo se desplegaba en estrellitas microscópicas, en finos rombos, en exquisitos rectángulos, todo ello unido con arte y gracia formando primorosa orla. Amparo aprobó.

—Está muy bonito—dijo.

—Pues con todo y que se lleva tanto, como ya somos muchas á menear los palitroques, hay

que arreglar los precios... Yo—murmuró suspirando levemente—no puedo hacer más; á veces trabajo con luz, pero no me lo resisten los ojos, y así me arrimo cuanto más puedo al tablero hasta que no se ve el día... La tía también se quedó medio ciega; ya ni puntillas gordas hace: sólo sirve para ir por las casas á vender lo que yo trabajo...

Batida en el terreno crematístico, Amparo tocó otra cuerda para seguir hablando de sus entusiasmos; que no se la cocía el pan en el cuerpo hasta desembuchar cuanto había visto y esperaba ver.

—¡El día que lleguen por tierra los delegados de Cantabrialta... se prepara una buena! ¿No sabes?

—¿Mucha fiesta?

—Los han de esperar con coches... Y...—Amparo se detuvo, bajando la voz para acrecentar el efecto de la estupenda noticia—les iremos á alumbrar con hachas.

—¡Ave María de gracia! ¿Qué me dices, mujer? ¿Alumbrarles como á los santos?

—Andando.

—¿Y quién? ¿Las de la Fábrica?

—Ajá. Una ristra de ellas. Ya estamos habladas.

—¿Van tus amigas...? ¿Aquellas dos...?

—¡Espera por ellas! No, mujer, no. Ana, como trata con un capitán mercante, no se quiere rebajar á que la vean alumbrando; dice que cuando llegue la *Bella Luisa* la avergonzaría su marino... ¡Y aquella tonta de Guar-

diana tuvo valor á decirme que ella sólo cogería un hacha para ir en la procesión de Nuestra Señora de la Guardia!

—Pues yo digo otro tanto... más que te enfades, mujer. ¡Vaya unos dioses y unas imágenes que vais á llevar en procesión! Eso parece cosa de idólatras. Alumbrar solamente á las cosas de la iglesia, el veático, las octavas...

—Calla, que eres más nea que los neos.

—¡Y para el favor que me están haciendo á mí esos señorones que predican la libertá! ¡Dice que van á echar á todas las monjas á la calle y á no dejar convento con convento!

Amparo retrocedió tres pasos, se puso en jarras, enarcó las cejas, y después se persignó media docena de veces, con extraña prontitud.

—Me valga San... Pero ¿tú hablas formal, mujer? ¿Te quieres meter en aquella prisión por toda, toda, toda la vida? Arreniégote.

—Querer, quiero... ¡Ay! Quise desde que fuí así, pequeñita... Pero ¡bah! ¡no puedo! ¿Dónde me van á recibir ahora sin el dote? ¡Buenas están las monjas para meterse en despilfarros! Y yo, ¿cómo he de juntar el dote, dime tú? Si pido, nadie me dará... A no ser que Dios me mande una sorpresa...

—Mujer, rica no soy; pero un par de duros aún no me hacen falta para comer mañana—dijo espontáneamente Amparo.

La pálida sonrisa de la encajerita alumbró su rostro.

—Se estima la voluntá... Necesito una atrocidá de dinero para el caso, y ya sé que juntar,

no lo he de juntar nunca... En fin, paciencia nos dé Dios.

—Y ¿tú estarías á gusto presa entre cuatro paredes?

—Bien presa vivo yo desde que acuerdo... Siquiera los conventos tienen huerta, y vería una árboles y verduras que le alegrasen el corazón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO